

Plieg. 2.

Núm. 56.

32



HISTORIA VERDADERA
DEL
BIENAVENTURADO
SAN ALBANO.
Y SUCESOS
DE SUS PADRES.

Sevilla: Imprenta de la Viuda de Caro, calle Génova, 1843.

Núm. 56.

Pleg. 2.



HISTORIA VERDADERA

DEL

BIENAVENTURADO

SAN ALBANO.

Y SUCESOS

DE SUS PADRES.

Sevilla: Imprenta de la Viuda de Caro, calle Génova, 1843.

AQUI EMPIEZA LA HISTORIA del Bienaventurado San Albano, y sucesos de sus Padres.

SUENE por todo el Orbe Cristiano, y aun por la Region vaga del viento resuene con rancos clamorosos ecos la voz, y con sus lamentables acentos dé noticia á la fama del hecho mas abominable, torpe, y feo, que caber pudo, y con rubor se diseñará en el corto lienzo de esta Historia, para confusion, y ejemplo de los mortales que no oyen las voces de Dios, ni los latidos de sus conciencias por estarse muy constantes sumergidos en el cieno de sus lascivos deleites. O si considerasen los riesgos, y peligros, á que por vivir desenfrenadamente ciegos estan espuestos! Adviertan, que la raiz de todo mal, es el descuido de no mirar á lo futuro, y prevenir lo que puede suceder. Dichosos son los que siempre viven temerosos de lo que puede sobrevenir, y nunca se aseguran en lo presente, sabiendo que todo se desvanece como el humo, y que los que hoy están en la lozanía de sus vicios, á una vuelta de cabeza, los asalta impensadamente la muerte, y acaso desastrada á violencias de un agudo cuchillo, como le sucedió á un Potentado del Reino de Ungria, llamado Misano, que por vivir olvidado del santo temor de Dios, y de la educacion Cristiana, que como Príncipe, y Padre de familia debia persuadir á sus domésticos, vino á caer sugerido del Demonio, en un impulso lascivo de reincidencia, del que ya habia precedido absolucion Pontificia, con que irritó la paciencia Divina, y por su cegaredad oscureció la nobleza que habia heredado de sus antepasados.

Este Príncipe, pues, tenia una hija de tan raras perfecciones, que era el vivo de la hermosura, pero tan desgraciada como bella, que no puede haber mayor encarecimiento; porque fué como la delicada rosa, que nace su hermosura para sufrir los encuentros de las pican-tes espinas. Tenia la hermosa Princesa poco mas de los floridos quin-ce años de su edad, cuando llevado el Padre de su belleza, cual Faonte despeñado, y cual Icaro ya herido de los hermosos reflejos de su rostro (ó pensamiento tirano!) se levantó cierta noche con un

puñal en la mano, y con lentos pasos dirigió sus pisadas á la habitacion de la Princesa. Aqui titubea la pluma, y desfallece el entendimiento al considerar en este Príncipe inhumano, que no se atemorizó viniese sobre él la Divina indignacion, al querer ser homicida cruel del casto honor de su hija. O accion la mas infiel y alevosa! Que mas hiciera un extraño mancebo, que se viese despreciado, y que por vengar, quisiese burlarse de ella? En fin, como bruto desbocado, sin mas acuerdo, ni razon, que la de cumplir su torpe deseo, se acercó á la cama de la cándida inocente Doncella, diciendo: Hija querida mia, dulce embeleso de tu amante padre, que no puede sufrir el fuego de tus peregrinos ojos, despierta, y no esperimente yo desdenes de tu hermosura. Admite mis amorosas caricias, recibe mis tiernos alhagos; pero advierte, que si te resistes y no apagas el volcan con que se abrasa mi pecho, que será tu vida despojo de este bien templado acero. O bárbaro impulso! No causó á la Princesa poca angustia esta novedad; porque tan turbada quedó con el descomedido arrojó de su imprudente y bárbaro padre, que casi no pudo articular palabra, de tal modo, que la vergüenza, ó el temor la pusieron un lazo á la garganta. Pero sin embargo, recuperando como pudo el aliento, bañados los puros jazmines en vergonzosas clavellinas, sin perder los límites del respeto, que por derecho natural y divino se merece un padre, soltó la represa de la fatiga que la acongojaba, afeándole la enorme indecorosa accion en que habia caido, y decia: Es posible, Señor, que haya cabido en vuestro cristiano pecho tal pensamiento? y que á la que habeis dado el ser, querais contra naturaleza profanar su virginidad? Volved en vos, padre mio, mirad que parece no venis en vuestro acuerdo, reparad en que astuto el demonio os ha engañado, proponiéndoo la hermosura que no tengo, para sumergiros en el laberinto de sus desdichas, si no deteneis el inaudito, y torpe delirio que maquinais, provocando la ira de Dios. Temed su justo y recto castigo. Acordaos, Padre mio, de aquel gran Príncipe Alejandro Magno, que habiéndole parecido bien cierta muger que prendieron sus Soldados en el asalto de una Ciudad, y se la llevaron para que la gozase, les dijo: Que quien habia de castigar no habia de dar mal ejemplo. Pues, Señor, mal podreis vos enmendar con la correccion, ni el castigo los defectos de vuestros vasallos, á vista del esceso que intentais con vuestra hija. Ea, padre, y señor, sosegaos, retiraos á vuestra cuadra mirando por vos, y por mí. Esto con lágrimas os imploro, que yo os perdono la tri-

bulacion, en que me habeis puesto. Yo depongo el agravio, que habeis querido hacer en mí.

A toda esta cristiana reflexion no atendió su protervo padre, pues con el puñal en la diestra, y con la amenaza, de que la habia de quitar la vida si no venia en su amor (quien vió suceso tan raro!) la asaltó segunda vez, y se le rindió por miedo el pecho de aquella plaza racional, al parecer inespugnable, con que gozó voráz el padre las brillantes luces de su hija, aquel Cielo con alma, cual otra Venus la mas gallarda y hermosa, que habia nacido en aquel Reino. O enorme, y atroz pecado! Grande fué el desconsuelo de la Princesa, por temerse de si quedaria embarazada; y no pasándose muchos dias sin conocer que lo estaba, se vistió la gala funebre de un negro luto, y se encerró en su cuadra sin salir de ella por espacio de nueve meses, donde destilaba en perpétuo llanto albores cándidos de las lágrimas que exhalaba la tristeza de su corazon. Allí como si padeciese demencia unas veces se golpeaba, torcia las manos, y arrancaba de su cabeza los cabellos que parecian un tesoro de Arabia, haciendo tantos estremos, cuantos le pudo permitir su grande dolor; pues quejándose al Cielo de la sinrazon de su padre esclamaba, diciendo: Qué es esto que pasa por mí, triste y afligida muger? yo sin fama? yo sin honor, y este perdido, que es lo que mas horroriza, á violencias de mi perverso y cruel Padre? Qué dirá la Plebe, y el mundo todo? Dirá que fui una muger disoluta, provocativa, y fácil como Putifar, y engañosa como Circe. Y no se liquida mi vida, muriendo de verme perdida, y sin consuelo? Otras veces que se hallaba mas serena, decia: Pero de qué me quejo? Yo soy la culpada. Porque de qué me sirvió aquella valentia de ánimo en resistir un asalto, si al cabo impelida del temor desmayé inconstante, y cobarde le hice dueño de mi honor, para quedarme con la vergüenza de haberme rendido? De qué provecho me fué aquel arrogante esfuerzo de reprehender á mi padre, si como el cangrejo torcí los pasos hácia atrás, haciéndome parte en la culpa? O qué indiscreta fui! Cómo habiendo comenzado tan bien, vine á acabar tan mal? Mas acertado me hubiera sido haber perdido primero la vida, que verme en esta infame desdicha, y sin la amistad de mi Dios, que es lo que con mas veras siento y llozo. Pero pongo mi esperanza, Señor, en vuestra Divina clemencia. A Vos, pues, Redentor mio, me acojo: una muger afligida os llama; una pecadora arrepentida os vocea; porque está cierta que á un corazon penitente siempre le alvergais. Ea, Señor, perdo-

madre, que yo os prometo de mi pecado la enmienda. En estas amarguras pasaba la desconsolada Princesa los días y las noches, á excepción de algunos ratos, que con suspiros, ayes, y sollozos se empleaba en disponer las mantillas, y pañales para lo que habiese de nacer, bordando en ellas con todo esmero y cuidado el escudo de sus armas. Llegóse el término del parto, á donde corrieron en lugar de auxilios, infinitos dolores, que mezclados con llantos pudieran enterrecer á las mismas fieras. Porque, quien creyera de esta Princesa, que teniendo, cuando gozaba de sus delicias, tantos, y tantas asistentes que la servian, habia de parir sin la concurrencia de partera, y sin mas asistencia, que la de una humilde y fiel criada, que la acompañaba algunas veces en sus lamentos y trabajos? Parió, pues, con el auxilio Divino un niño hermoso como un Adonis, á quien tomándolo en sus brazos le hablaba tiernamente, como si el hijo fuera capaz de sentir los males de la madre.

O pobre criatura (decia) cuantos dolores me ha causado tu inocencia! Cuántas adversidades te hará padecer mi desacierto! No es razon diferir, que la Princesa resolvió se diese cuenta á su padre de lo que pasaba; el cual obstinado como un Faraón, para encubrir su maldad, y la inculpable fragilidad de su hija, mandó á uno de los mas confidentes criados, que recogiesen el niño, y que con todo secreto le llevase al monte mas cercano, y privándole del vital aliento, le arrojase á las bestias. O qué acerva y cruel disposicion! Detente hombre bruto, ó basilisco del Infierno; mira lo que ordenas, mira lo que mandas. No te bastó la culpa de engendrarle, sino que quieres ahora que ese inocente corderillo sea funesto trofeo de la muerte? Déjale vivir, que aun no es tiempo de que la parca ejecute el golpe fiero de su saña en vida tan preciosa, que ha de ser para Dios. Bien quisiera no ser cómplice el criado en este homicidio, mas no pudo recusar el mandato de su Príncipe, á quien debia obedecer, y así pasó á la cuadra de la Princesa, y la intimó como su padre y Señor habia dispuesto le entregase su hijo: noticia que asustó á la pobre Señora, y rogándole con lágrimas, trémulas y mal pronunciadas palabras no le ocultase si era para darle á criar, ó hacer algun estrago con él, respondió compasivo el criado: Yo me alegrara infinito de no ser el comisionado en la tragedia, que la crueldad del Príncipe, mi Señor le fulmina. Pero volved en vos, Señora del susto, recoged al pecho esas bien sentidas lágrimas, que yo os prometo por la ley que profeso de Cristiano, que no he de ejecutar en él la sentencia rigo-

rosa, que vuestro padre bárbaramente le ha fallado. Y así os suplico no resistais el entregarlo, pues de lo contrario se podrá aventurar el lance. No haré, dijo la Princesa, porque no he sabido ser ingrata, y fío en esa palabra, de que quedo agradecida. Y poniéndole las mantillas, se lo dió con un suspiro, que se le desprendió del pecho para proferir: La mayor tribulacion que conmigo queda, es el haber dado al mundo una criatura, que haya de servir de víctima á la misma crueldad, sin culpa de haber nacido. No pudo detenerse mas el criado, y enternecido la dijo: A Dios, Señora, os quedad, y él os consuele. Con que montando en un ligero caballo le metió espuelas, y en breve llegó á la falda de un monte, que distaba seis leguas de la Corte, y al pie de un frondoso árbol, poco apartado de la calzada Real, puso al tierno infante, sirviéndole la dura tierra de catre, y supliéndole las entretejidas ramas de aquel rústico tronco la falta de dosel, que por su calidad se merecia, y le habia tiranizado su desgracia: donde le dejó anegado en tierno llanto, como pidiendo á los riscos, á los valles y á las aves con lastimosos sollozos le comunicasen el sustento, que le negó la ingratitud de sus Padres. A esta sazón dispuso la providencia Divina, que el Rey de Ungria, á cuya obediencia estaba el Potentado de Hisano, saliese á caza por aquel monte, y estándose divirtiéndole en ella, le robó la atencion un continuado llanto que rato habia estado oyendo á lo largo, el cual le puso en cuidado; y con el deseo de saber quien en aquella soledad le esparcía, guiado del eco llegó al sitio, y encontrando al niño, estendió largamente la vista por todas partes, y no habiendo descubierto persona alguna, infirió le habian dejado allí suspirando, para que la piedad de algun pasagero le recogiese. Tomóle cariñosamente en sus brazos, llevándole de secreto á Palacio: y reparando en que las mantillas y pañales significaban mucho, mandó le pusieran otras, y guardó aquellas. Despues determinó le bautizasen con el nombre de Albano, y que con cuidado le criasen, divulgando por el Reino, era hijo suyo, accion heróica, y benigna, como de un Príncipe soberano.

Referir que se crió con documentos cristianos, y que desempeñó con el mayor lucimiento los políticos cargos que entre Príncipes se usan, es escusado. Porque era de todos querido por lo agradable en la condicion, y por lo bizarro en el talle; era cortés y liberal; era callado en sus intentos, y prudente en sus determinaciones; era de lucido y claro entendimiento, era discreto sin preciarse de serlo, y sobre todo era hombre virtuoso y casto. De todas estas gracias natu-

rales, que eran esmalte de su sangre, estaba adornado Albano, de las que resultó despues resaltar con grande esplendor su profunda humildad. Por lo que atendiendo su viejo Padre Albano, á que ya estaba en la primavera de los veinte Abriles, le llamó un dia, y le dijo: Albano, mi amado y querido hijo, sábeta, que yo ando vacilante y discursivo sobre que el plazo de la vida tarde ó temprano se ha de llegar y pagar infaliblemente con morir. Y así antes que se acerque este caso, y porque ya es justo tomes estado, quiero advertirte, que pues son ocho los Potentados de este Reino, que han de estar á tu dominio, me digas si podré, para tratar de tu casamiento, pedirles por medio de Embajadores los Retratos de las hijas que cada uno tubiere en estado de lo mismo. Pero parece que te has demudado. Ea, dime sin recelo de filial cobardia, qué es lo que sientes, y qué quieres que haga en este asunto. Es cierto Padre y Señor, respondió Albano, que estoy corrido de que sabiendo vos que mi voluntad es hija de vuestras operaciones, consultéis conmigo lo que por ahora tenia olvidado, y solo vos podeis disponer, y yo ciegamente obedecer, porque estoy bien entendido, que no trazareis cosa que sea en mi daño. Con esta humilde, y poderosa respuesta quedó muy alborozado el viejo Albano, el cual luego al punto despachó Embajadores á los Potentados, para que le propusiesen su deseo. Y habiendo vuelto á la Côte despues de seis meses los ocho Embiados, todos gozosos, cada uno con su copia por haber logrado tan grande empresa, segunda vez llamó el viejo Albano á su hijo, y con afecto paternal le entregó las pinturas de las mas nobles Damas del Reino, diciendo: Miradlas todas con cuidado, y advertid que aquella, de cuyo retrató hiciéreis eleccion ha de ser vuestra Esposa. Aquí lector, es preciso que convoques la atencion de los circunstantes, oyentes de esta Historia, para que con su ejemplo queden persuadidos, de que los juicios de la Divina providencia son tan profundos, que nadie puede comprenderlos, por mas que trabajen los designios humanos. Qué mejor prueba, que el hecho del Príncipe Albano, el cual teniendo en sus manos los ocho retratos, sin conocer á quienes representaban quedó prendado del de la hija de Hisano, con tanto extremo, que sin dar treguas á los conciertos, se previnieron los Reales aparatos para celebrar sus bodas. Mas por presto que se preparaban las cosas, ya el bolcan del amor que talaba su pecho, no podia sufrir dilaciones de no ver el prototipo de su amada; por lo que se aceleró la partida. Y saliendo de la Côte el Rey, el Príncipe, y los Grandes con

toda la comitiva Real, para llegar con mas presteza cruzaron los montes, y sin detenerse arribaron al Palacio del nobilísimo Hisano, que los recibió con indecibles demostraciones de placer, y señaladamente la Princesa, aquel portento ó milagro de la hermosura, que aunque enamorada y distraída con la gallarda disposicion del Príncipe, porque luego que le vió, quedó cual mariposa abrasada, no por eso dejó de atender á las urbanidades de la politica con todas. Pero evacuadas las ceremonias cortesanas y rendidos besamanos, se dió el parabien á sí misma, ofreciéndose por Esposa del Príncipe. O misterios soberanos! La grandeza, el fausto, y festivas invenciones de cañas, torneos, máscaras y saraos, con que solenizaron los desposorios, no se puede encarecer, porque todo era un hechizo y un embeleso de las gentes. En fin, se desposó la madre con el hijo, siendo tambien hermanos, y gozaron en los lazos de Himeneo tiernos alhagos, y muy dulces caricias por espacio de seis años, en que cesaron las alegrías, y calmaron los gustos, por haber adolecido el Rey Albano de un accidente mortal, que solo le dió lugar para prevenirse de los Sacramentos, y decir al Príncipe, que no se apartaba de su cabecera, mandase despojar la gente, porque le necesitaba un rato á solas. Hizolo así el Principe, y tornando brevemente á ocupar el sitio que habia dejado, sin poder sumergir en el oculto seno de su pecho las lágrimas que despedían sus ojos, dijo: Ya Padre, Señor y dueño de mi alma, estamos solos, y mi obediencia inalterable rendida á vuestros preceptos. Nunca, respondió el Rey, he dudado de la heroicidad de tu humildad, pero siendo, como es llegada la hora de que mi alma pase á dar cuenta al Supremo Dios y Señor del Cielo y Tierra, que ha de hacerme el cargo de todos mis progresos, no quiero, querido Albano, hijo de mi corazon, por el presente paso en que me veo, llevar el desconsuelo, de que no te declaré (con qué pena y con qué dolor te lo digo!) como ignoro quienes son tus legítimos padres. Porque andando yo de caza un dia por el monte, á la entrada de él te encontré de pocos dias nacido embuelto en unas mantillas al pie de un rústico árbol. Desde entónces criándote con cariño, te he tenido por hijo mio, te he tratado y estimado como tal, bien lo sabes. Pues ahora, respecto de ser esto cierto, como padre te pido, que mantengas este Reino, defendiendo de la Iglesia sus Misterios soberanos. Esto lo conseguirás, teniendo paz con tus vasallos, y dando premio al leal, que por sus servicios le mereciere. Tambien te encargo, que á tu esposa la veneres, como que Dios te

la ha dado. Y por último quedarás advertido, eres Señor de otros Estados, según lo demuestran los bordados escudos de la ropa con que te hallé, y á su tiempo sacarás de ese escritorio, que está á mi mano derecha. Concluido este razonamiento, quiso recogerse un rato, y á poco la furia de una síncope le privó de la vida.

Todo su aliento, aunque anegado en lágrimas, hubo menester Albano para no morir de sentimiento, considerando difunto al que tenía por su querido y amado padre. En este conflicto la Princesa (sin embargo del dolor que también tenía, como tan interesada) trabajaba bastante en consolar á su Esposo, para que amainase en el torrente de tanto llanto; á que la respondió: Mi mayor quebranto nace de saber que no soy hijo del difunto Rey, según me deja prevenido, y que fuesen escudos de las armas de mis padres, que no conozco, son las que podrán verse en mis mantillas y pañales, que reservados están en una gaveta de ese escritorio. No permitió el deseo ó la curiosidad la mas leve omisión en reconocerlos, pues sacándolos Albano de donde estaban doblados con extrema curiosidad, y viéndolos la Princesa al momento cayó con un fatal desmayo amortecida en el suelo. O afligido y desconsolado Príncipe! No por cierto, no pensabas tú, que habías de verte tan temprano cercado de penas y congojas, sin tener quien te dirigiese; no desfallezcas, cobra fuerzas, que aun no es tiempo de llorar; conserva tus lágrimas para luego, reservándolas para dolor mas justo. Tal fue la turbación de Albano, y tal que no estuvo capaz de moverse, ni de hablar, ni de respirar, hasta que la blanca rosa, y bellísima Princesa volvió en sí de aquel tirano desmayo, y ofreciéndole naturaleza al armiño de su rostro palideces de sus etnas, le dijo: Que es esto, adorada prenda mia, no me basta mi dolor, sino que también quieres tú doblarme las penas? Dime, qué sientes? Cuéntame tu pesar, pues ya mi corazón queriéndose salir del pecho, me pronostica mayores tribulaciones. Corto esfuerzo comunicaron á la triste y afligida Princesa estas, aunque amorosas caricias de su esposo: porque entre tímida y turbada estrechamente le besó la mano, y con un suspiro envuelto en un raudal de amargo llanto le respondió: No solo por obederte, sino por tener que sacrificar á Dios en el dolor, que me ha de costar referir la oculta pena que me aflige: te diré hijo del alma, querida prenda mia, pues no ignoras es irrefragable sentencia de Dios, que no ha de haber cosa secreta en el mundo, como ha determinado su bondad infinita, que no quede encubierta la funesta tragedia de un hecho el mas

abominable y feo, que caber pudo en la torpe disolucion del hombre. Ay de mi, y como temo llegar á los umbrales de mi tragedia!

Desde aquí te solicito hecho un argos con el oido, y te suplico me permitas, para desahogo del corazon, dé soltura á las lagrimas que le aniquilan y me privan que con perspicacia mi lengua te revele, como mi Padre atrevido, loco y desesperado, en el silencio de una infansta noche, cuando la comunitaria daba el tributo á Morfeo, se fue á mi cuadra, llegando á mi lecho, me amenazó con que había de morir, si no me sujetaba á su lascivo, y desordenado deseo. Resistí, como escollo combatido de las procelosas olas que porfían á trabajar en vano. Pero no cesando la invasion de la amenaza, ni la violencia, ni el amago del acero sobre mi pecho, se ofuscaron tanto mis sentidos que cobarde con la turbacion, y el miedo consentí. Qué ahogo! y ejecutó en mí (qué pena!) la mas obscena Maldad que se cuenta en las Historias. Sucedido esto, me retiré á lo oculto de un contiguo retrete de mi cuadra, que me sirvió de estrecha celda, y cubriendo de negra bayeta todo mi cuerpo, no salí de allí en mucho tiempo, donde me entretenia en labrar, para cuando nacieses, estas mantillas y pañales, los primeros y los últimos en que te envolví. Mas sabiendo mi Padre, que disfrutabas ya las luces de este Emisferio, le mandó á un criado te matase; pero atendiendo yo á que tu inocencia no debía pagar la culpa que no tenia, con encarecidos ruegos le pedí te dejase á las aventuras del tiempo entre las selvas. Esta es querida prenda de mis entrañas la verdad sin saltar á ella en cosa alguna. Yo soy tu hermana, tu madre y esposa. Perdona, Señor, á esta delincuente que confiesa su error, y si por inaudito merece castigo, dispon de mi vida, pues mi cuello se humilla á tus plantas.

Oyendo Albano estas razones, se quedó como si fuese una estatua de mármol, poseido de admiracion y asombro considerando, qué haría su prudencia en lance tan árduo. Mucho podia con Albano su cordura, para no prevaricar en esta ocasion su entendimiento. Si bien, que algunas veces con ayes que le salian del alma, prorrumplía quejándose: O inconstante y necia muger! mas valerosa para pasar por los filos del deshonor, que por lo agudo del puñal. O violencia la mas alevosa! ¡O cruel y mas que tirano padre! No es posible te diesen el ser otros, que fieras irracionales, pues se cebaron en una hija los impuros ardores de tu lascivia. Y no has perdido la vida, ó á lo menos enloquecido con tan execrable maldad? O corazon de piedra! Pues sábeta, Hispano, que de nada te sirven los heróicos blasones.

y virtudes de tus esclarecidos Abuelos, si con tus indignas operaciones los oscureces, perdiendo mucha parte de la nobleza que adquirieron: qué importa que hayas nacido con obligaciones de Príncipe, si te quedas con la infamia de haber cometido una brutal maldad nunca oída? No porque fraguaba estos discursos en Albano su triste imaginacion, se olvidó de solicitar los medios mas eficaces para el remedio; pues con el pretexto de que era preciso hacer una romeria con su esposa, y haberle llamado el Pontifice para consultarle ciertos negocios de entidad, tenia trazado ausentarse de la Corte, y encargado á uno de los mas principales Caballeros que con los poderes y facultades necesarios gobernase el Reino hasta que diese la vuelta. Solo apetecia una noche oportuna á su intento, y preparándosele tan oscura y triste como deseaba, sin ser sentido de nadie salió de la Corte con la Princesa, que iba vestida á lo peregrino como él; ambos descalzos de pie y pierna, pisando con sus delicadas plantas, no solo las duras piedras, sino los cardos y zarzas que produce la despoblada tierra; y llegando despues de algunos dias, que transitaron con indecible penalidad, á las puertas del Palacio de Hisano, pidieron licencia para hablarle, que se les otorgó fácilmente; y puestos á su presencia con copiosas lágrimas, y las rodillas en tierra, dijo Albano estas lamentables razones: Si acaso, gran Señor por la novedad del trage no nos conoces, pongo en tu noticia, como aquí tienes á tus dos hijos, y no como quiera me tienes á mí como yerno, sino como hijo propio, que me hubiste de tu hija infeliz, hoy mi hermana, madre, y esposa por mi desgracia, ó porque los hados así lo quisieron. Qué confusa tribulacion es esta, en que nos tiene puesto lo enorme de tu culpa, que por disposicion del Cielo está descubierta? Y has podido sosegar todo este tiempo, teniendo cerrados los ojos del entendimiento con el polvo de la obstinacion, sin haber solicitado con una cruel penitencia la gracia Divina por medio de la Santidad Pontificia? Advierte, que el enojo de Dios parece quiere fulminarse contra tí, si no procuras el dolor de haberle tan gravemente ofendido. Ea, Señor, llorad, y lloremos esta imponderable ofensa. Sean nuestros ojos fuentes, que destilen lágrimas amargas de lo íntimo del corazon, para que aplaquemos la severa indignacion del Altísimo que nos crió, no para ofenderle, sino para servirle.

Viendo Hisano declarada ya la fatal tragedia en que incurrió su ceguera, y que de vergüenza no podia satisfacer con razones correspondientes á los sentenciosos cargos que Albano le hacia, se recono-

ció culpado, y resolvió pasar á Roma en compañía de sus dos hijos, no permitiéndole mas dilacion que la de encomendar á un cercano Deudo suyo le cuidase de sus Estados, en cuanto volvía. Hecho esto, se espusieron á las incomodidades, que acarrea un largo camino transitado á pie, y sin prevencion de alimento, que los oprimió bastante. Pero luego que á corta distancia vieron los muros de Roma, dieron alegremente gracias á la infinita piedad de Dios, que los dejaba llegar al centro donde reside el Sumo Sacerdote. En fin, entraron en la gran ciudad de Roma, y presentándose ante su Beatitud, que los recibió benigno, le besaron el pie; y sin levantarse, confesaron contritos la gravedad de sus pecados. Y atendiendo su Santidad á la enormidad y circunstancias de las ofensas cometidas contra la inmensa bondad, les impuso (al parecer) la tan digna penitencia, de que por espacio de siete años habitasen lo inculto y breñoso de un Yermo, llorando de continuo sus feísimas culpas; que los ayunos fuesen frecuentes, y la comida de yervas del campo; que no vistiesen camisa; y que pusiesen fuertes cilicios á su cuerpo, macerándole asimismo con sangrinas disciplinas; que no se quitasen la barbas; y que su cama fuese de duras y esquinadas piedras. Precedida la aceptacion de esta penitente y saludable medicina los absolvió su Beatitud, de quien se despidieron arrepentidos con profundo llanto. Y no queriendo hacer mansion, ni un instante en poblado, al punto se retiraron á lo mas áspero y escondido de un solitario desierto, que solo le ocupaban silvestres animales de varias especies, donde encontraron para su morada un acomodado sitio, tan impenetrable y oculto á los ojos humanos, que si salían fuera, era necesario valerse de algunas señas para volver á él. En fin, alvergue, que pudo servir de defensa contra los monstruosos brutos; de reparo contra las inclemencias del Cielo: de silencio para la Oracion, que de continuo observaban, si no la interrumpia los ahullidos de lobos, y los llantos de otras aves y fieras. Qué seria ver despues de largo tiempo á la delicada Princesa transformada en Magdalena, desmelenadas las trenzas de sus rubios cabellos, consumido lo brillante de sus ojos, y hechas canales en las hermosas mejillas de puro llorar, tostadas sus blancas manos con el destemple de los varios temporales, y sus tersas carnes de color nacarado por sus grandes penitencias. Qué seria ver al inocente y justo Albano, que andaba entre riscos y peñas desgarrando sus miembros con fuertes azotes, y pidiendo á Dios se doliese de su pobre alma? Y al viejo Hisano con la crecida

barba, que tocaba en la tierra, dando clamores al Cielo, y vertiendo lágrimas abundantes de arrepentimiento.

De este modo, para satisfaccion en parte de sus errores, pasaban el tiempo y contaban los años, deseosos de cumplir enteramente su penitencia, de cuyo plazo llegó el día; y habiendo con excesivo gozo dado gracias al Criador del Universo, que les dió tolerancia y resignacion para ello, por desgracia dijeron: A Dios desierta morada: á Dios te queda, dulce alvergue, que tanto tiempo nos has hospedado sin interés: y pues no tenemos otro caudal, por pago te damos mil bendiciones, y pedimos al Soberano Señor del Empíreo celeste, no permita que seas profanada, ni sirvas de retiro para facinerosos Vandolestristes; esto determinaron retirarse hácia sus tierras, para disponer de Pr. Estados, y entrarse en Religion. Aquí palpita el corazón, el pulso tiembla, y la lengua balbuciente no acierta á decir (qué penal) como en el primer día de su viage, por ir fatigados, hicieron tránsito en la falda de una sierra, y al pie de un copado árbol determinaron hacer siesta. Y Albano como bien instruido en las penitentes tareas del desierto, se apartó á un lado para por medio de la Oracion pedir al Cielo clemencia. A cuyo tiempo el Demonio que no se descuida, llegó sagaz, y con su influjo maligno incitó al padre y á la hija de modo, que cometieron de nuevo el delito. O bárbara ejecucion! Y no se eclipsa el Sol? No se oculta la luz bella? O tierra! Y no te abres y sepultas en tu centro á estos dos brutos, en quienes no hizo impresion la continuada y reciente penitencia? Por cierto muy elevado estaba Albano en la Oracion: y no se le puede negar que estaba bien empleado; pero parece celaba poco su honor; pues no advertia, que su padre, su hermana, madre y esposa, incorregibles volvian al vómito de su deshonesto fragilidad con mayor malicia. De la Paloma se dice, que es el ave mas sencilla, y sin embargo tiene tal astucia, que cuando está bebiendo, cuidadosa vuelve la vista á todas partes, recelando el Gavilan. Pues Paloma celadora debia estar Albano desvelado á las astucias del Gavilan Hispano. Ea, cesa en la Oracion, Albano, y notarás mucho, con que te hartes de llorar. Cesó pues, y reparando en el hecho, absorto y sin sentido se arrojó á ellos tan colérico, que les quitó las vidas; y por no faltar á la piedad, y estorvar que fuesen pasto de las fieras, hizo una hoya, y dándoles en ella sepultura, aunque no eclesiástica, tomó el camino de Roma para sujetarse á la obediencia Pontificia, y declarar por estenso todo el caso, como habia sucedido. El cual oido

por su Beatitud, le amonestó, que se volviese al desierto, llevando consigo un compañero Presbítero, que todo el resto de su vida fuese penitente Anacoreta, que mandase fabricar una Ermita, donde los cuerpos de sus Padres yacian, que sacase sus calaveras, que hiciese grandes penitencias, y que las Oraciones que rezase fuesen dobles, y las aplicase por sus almas.

Con gusto abrazó Albano la disposicion del Papa, pero discurriendo, que para ponerla en ejecucion, y disponer de sus Estados, eran precisos algunos dias, rogó á su Santidad le confiriese un limitado término; y movido su Santidad á tan justa peticion, le concedió usase del que hubiese menester. Y no abusando Albano de la gracia concedida, sin perder un minuto de tiempo despachó diferentes cartas á sus Vasallos los mas distinguidos manifestándoles el suceso referido; por lo que ordenaba, y era su voluntad, que gozase sus Principados el pariente suyo mas cercano; y de unos en otros, el que sucediese adelante, no alterando la paz y quietud, que siempre observaron sus antepasados. Y suplicaba, que para la ereccion de una reducida Ermita en que intentaba permanecer hasta morir, le enviase por una vez de su Erario por via de limosna, una corta libranza, la que esperaba de su piedad cuanto antes. Tan pronto estuvo el socorro, que cuando menos pensó Albano, ya le tenia en las manos. Con que pudo disponer en breve le hiciesen la Ermita con dos estrechas celdas. A esta sazón ya el Cielo le tenia inspirado un Sacerdote de ejemplar virtud; que gustoso le acompañase; y preparando los Ornamentos que se requieren para la celebracion del Santo Sacrificio de la Misa, y otros adornos del divino culto, se retiraron á la prevenida Ermita, en donde vestidos de ásperos cilicios, gastaban las mas de las horas del dia, y de la noche en continua Oracion, y varios ejercicios de penitencia. Siete años habitó Albano el Sagrado retiro de su Ermita, haciendo vida tan nueva, como lo declara la Iglesia. Y estando ya purificado en los trabajos, dispuso la Divina providencia, que cogiese el fruto de su mortificacion y penitencia, enviándole la enfermedad mensagera de la muerte; y reconociendo el Siervo de Dios por los efectos, que se cumplia el plazo de su vida, con el mayor fervor y dolor que pudo, pidió á su amado Capellan y compañero le consolase con el Divino Sacramento del Pan Eucarístico, en que se nos ofrece milagrosamente por el mejor manjar el mismo Cuerpo de nuestro Redentor JESUS. Y recibéndole con suma devocion, puso los ojos en el Cielo, porque allí tenia

el corazon; y entregó el cuerpo y su alma al Criador; y hoy dia nos
le dá á reconocer por Santo la misma Santa Madre Iglesia,
y por tal le veneramos.

FIN.